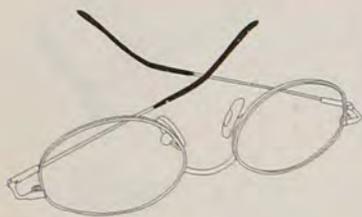


grandes, por donde entraban las reuas de mulas a descargar su mercancía y descansar. Al frente una plaza de ferias con animales de diversas clases y gente [...] polvorienta terminaba en un puente que atravesaba un río rodeado de guaduales y otros árboles". De allí se desprende su remembranza.

Jáder Rivera Monje dibuja su vida de estudiante: no le gustaban los zapatos, lo molestaban sus compañeros y no le iba bien en las lecciones orales. Cuenta que su actitud era silente y triste, para concluir que su infancia no fue un paraíso de sueños.



Heider Rojas relata el episodio de haberse enfrentado a un fusilamiento, cuando el autor tenía cinco años. A diferencia de los demás escritores, dicho suceso lo atemorizó y jamás quiso regresar al campo.

Benhur Sánchez Suárez da fe de su inicio por el amor a los libros, después de salvar unos cuantos de un incendio provocado por su padre, quien luego lo llevaría a reuniones con intelectuales y bohemios. Aprendió que para leer y escribir "no había necesidad de medios evasivos, sino todo lo contrario, de gran lucidez y completa energía espiritual y corporal como requisito para obtener buenos resultados".

Jesús Rodolfo Agudelo Salazar también añora la casa paterna, la escuela, su oficio de ayudante de arriería, los juegos de fútbol y el encuentro con los poemas de Porfirio Barba Jacob.

Enrique Dussán Cabrera recrea el ambiente rural de su infancia, colmada de un colorido, muy parecida a otros relatos referidos atrás.

Y cierra este inventario de memorias el escritor Julio César Guerrero, quien evoca su niñez bogotana en los barrios Egipto y Kennedy, su primera lectura de *Residencia en la tierra* de Pablo Neruda y al mismo tiempo expresa su felicidad y agradecimiento por vivir en tierras huilenses.

GABRIEL ARTURO CASTRO

Bernardo Salcedo, un niño terrible de más de cincuenta años

Aunque hace muchos años dejó de ser niño, sigue siendo terrible. Sus conceptos y opiniones jamás pasan inadvertidos; causan indignación e ira en unos, regocijo y perversas carcajadas en otros. Y no se crea que son solamente sus ideas relativas a las artes plásticas. En política, de la cual opina como por derecho propio, lo mismo que en arquitectura y en urbanismo opina con igual irreverencia; sobre lo que se le pregunte siempre tiene una respuesta que más parece querer escandalizar, incomodar, mover las cosas de su sitio establecido, que sentar posiciones. En las últimas tres décadas los colombianos nos hemos acostumbrado a sus comentarios burlones y a sus declaraciones que caen abriendo hueco como si fueran gotas de ácido sulfúrico.

De la obra de este artista y "aristócrata intelectual" —según sus propias palabras— ha escrito elogiosa y profusamente la crítica. Tanto sus primeras obras conceptuales como aquella *Hectárea de heno* con la que ganara uno de los premios de la biennial de Coltejer en 1970, como sus cajas con muñecas cercenadas, sus construcciones con láminas de acero dentadas y sus famosos fotomontajes, están en las principales colecciones del país y en numerosos museos internacionales.

Compañero de años juveniles del novelista Fernando Vallejo, y cortado por una tijera muy similar a la que *silueteó* al escritor antioqueño, Bernardo Salcedo no deja títere con cabeza. Para eso, para oír sus declaraciones corrosivas, no siempre justas y sensatas pero siempre hilarantes y sorprendentes, nos sentamos con él, a *jalarle la lengua*, en una pescadería del norte de Bogotá.

Fernando Herrera: Bernardo, ¿usted jugó con muñecas cuando era niño?

Bernardo Salcedo: No, eso es ahora cuando grande.

F. H.: ¿Le gustan los juguetes?

B. S.: No, los detesto.

F. H.: ¿El hecho de venir de una familia de médicos se refleja en su obra?

B. S.: Puede ser, porque a mí me llevaban de niño a ver operaciones. Yo le tomaba el pulso a Laureano Gómez, no ve que mi papá era el médico de los políticos. De López, de Gaitán, de Santos, de Gabriel Turbay... en fin...

F. H.: Usted se graduó como arquitecto. ¿Para qué le ha servido la arquitectura como artista?

B. S.: Para no hacer arquitectura.

F. H.: ¿Se siente un arquitecto frustrado?

B. S.: No, para nada; soy un arquitecto absoluto.

F. H.: ¿A qué arquitectos respeta en Colombia?

B. S.: A todos y sobre todo a Guillermo Bermúdez, a Fernando Martínez y a Rogelio Salmona; claro que es un lugar común decir eso, todo el mundo por dárselas dice que son unos genios sin que sepan nada de ellos. Yo los conocí y ellos fueron profesores míos. Sus obras son muy importantes. Nuevos hay muchos. Kopec, Forero, Jiménez.

F. H.: Alguna vez usted dijo que el Museo de Arte Moderno de Bogotá era como una serviteca...

B. S.: Es que Salmona, en el fondo, odia el arte. Él tiene una idea del arte mucho más conceptual. Él puso los muros como los de una casa porque nunca pensó que se iban a colgar cuadros allí; entonces uno entra y está el comedor, está la sala y arriba el

cuarto de las niñas... y ese es el museo. Ahora pusieron un restaurante.

F. H.: Usted fue cum laude en su tesis de arquitectura, ¿sobre qué fue la tesis?

B. S.: Una unidad deportiva para Bogotá en la que estaba todo unido, algo por el estilo de lo de Múnich.

F. H.: ¿Tiene alguna relación con los deportes?

B. S.: Me gusta ver fútbol por televisión. No me gusta ir a los estadios. De resto, soy ciclista veredal.

F. H.: Hábleme de sus viajes. ¿Qué ciudades le han gustado más?

B. S.: A mí me gustan mucho Budapest, Bagdad y Praga por que destruyen el mito de Disneylandia; son ciudades de ensoñación, con castillos, ciudades que siempre parecen mentira, pero cuando uno las toca ve que son de piedra y que existen, eso es otra cosa.

F. H.: Usted vivió en Budapest, Praga y Berlín. ¿Le gustó trabajar en la diplomacia?



B. S.: Pero siempre que sea por Colombia. No me gustaría trabajar por otro país. ¿No ve que Colombia tiene la mejor imagen? Lo que pasa es que a la gente le esculcan las malletas en todos los aeropuertos, y las que tienen mala imagen son las malletas. Uno dice Colombia y se imaginan un país tropical, maravilloso, le preguntan a uno por García Márquez, que dónde lo tienen. Colombia tiene una de las mejores imágenes del mundo, eso lo he comprobado yo en todas partes.

F. H.: ¿Por qué fue a Budapest?

B. S.: Yo ni sabía que existía. Yo creí que todo eso se había acabado con el imperio austrohúngaro, que sólo quedaba Viena.

F. H.: ¿En qué país le gustaría trabajar como diplomático?

B. S.: No, ya no. Eso es como ser *boy scout* otra vez.

Hablemos de arte

F. H.: ¿Qué opina usted de la lipoescultura?

B. S.: Eso debe ser muy doloroso. El único que hace eso es Botero, aunque decirle escultura a *eso* es bastante benévolo. ¿Usted sabe qué es un *dummie*? Pues eso es la escultura de Botero.

F. H.: Y como pintor ¿qué tal le parece?

B. S.: Muy bueno, excelente. Es lo mejor que ha habido en Colombia, como escultor si es una basura completa, debería darle pena, oiga.

F. H.: Hace unos años usted le dijo a Édgar Negret que los últimos quince años eran los más duros, ¿qué piensa de eso ahora?

B. S.: Y de eso ya han pasado como veinte. Yo creo que él está dándonos una lección de supervivencia excelente. A mí me encanta que él todavía esté vigente, que esté renovando su obra, aunque los colores no son su fuerte.

F. H.: ¿Qué piensa de la orfandad en la que quedó la escultura colombiana después de la muerte de Arenas Betancur?

B. S.: ¿Acaso murió? Fíjese que siguen haciendo todas esas mazorcas voladoras que ponen en los parques de tierra caliente. Bolívar y Arenas Betancur son eternos. Hay otro igualito que se llama Salvador Arango que hace una obra más fácil de poner en las corporaciones.

F. H.: Hay quien dice que la obra que usted hizo en la Biblioteca Luis Ángel Arango en Bogotá es un símbolo del cooperativismo y que representa un viraje de su obra hacia lo social, ¿es eso cierto?

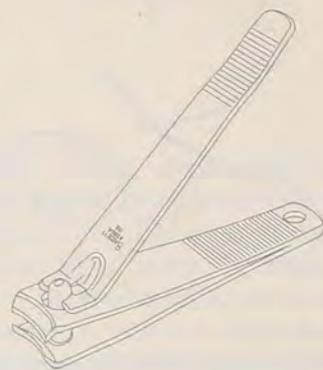
B. S.: (Risas). No, es simplemente la idea de que ahí debería haber árboles. En cuanto a lo social... ¡No! Yo no soy del mamertismo plástico.

F. H.: ¿Cómo le pareció la exposición de arte y violencia que se hizo en el Museo de Arte Moderno de Bogotá?

B. S.: Eso es una vergüenza. Ahí no hay ni arte, ni violencia, es puro oportunismo. La verdadera violencia, si se puede hablar de ese concepto en el arte, está en el grupo expresionista Cobra y en los herederos del holocausto nazi. Ellos sí llevan la violencia en la sangre... y aun así lo que pintan y hacen les sale sin sangre. Aquí que no se las vengán a dar, porque solamente hemos llegado al corte de franela.

F. H.: ¿Qué tanta influencia hay en su obra de Augusto Rodin?

B. S.: Me encantaría, pero no. Rodin es muy dulce y yo uso edulcorantes. Yo creo que tengo más influencia de Praxiteles.



F. H.: Hablemos un poco de la escultura colombiana actual. Alguna vez usted le dijo a Negret y a Ramírez Villamizar que lo que ellos hacían era diseño..., y a ellos no les gustó mucho...

B. S.: Eso es lo bueno. Ellos se molestaron pero fue que no entendieron. El verdadero arte del siglo xx es el diseño.

F. H.: ¿Qué piensa de la obra de Ronny Vayda?

B. S.: Él es muy bueno. Le envié su sentido del *marketing*.

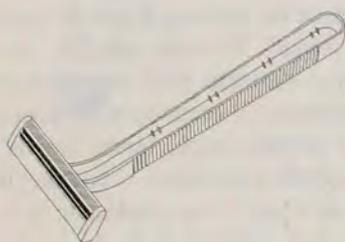
F. H.: ¿Y la de Hugo Zapata?

B. S.: Él es excelente pero tiene un problema muy grave y es que quiere ser poeta. Es que cuando a uno como escultor le dicen "eso es poético" uno tiene que cerrar los oídos, pero si uno se lo cree y comienza a derramar sobre su obra liros de poesía, eso es fatal.

F. H.: ¿Cómo le parece la obra de Luis Caballero?

B. S.: A mí nunca me gustó. Es una de las grandes equivocaciones de la crítica colombiana. Él no fue muy creativo. Fue retórica pura. Yo se lo dije siempre. Éramos muy amigos. Naturalmente a él tampoco le interesaban mis cosas. Yo lo quería mucho. Era muy culto, muy bogotano, y cada vez que nos encontrábamos durábamos riéndonos mucho tiempo.

Dentro de los artistas nuevos me gusta lo que hacen Carlos Salazar, Jaime Franco, Danilo Dueñas y también Carlos Salas, aunque él le pone mucho discurso a su obra.



F. H.: En diciembre próximo [2000] la Biblioteca Luis Ángel Arango hace una gran retrospectiva de su obra; usted siempre habló contra las retrospectivas. ¿Por qué acepta ahora?

B. S.: A mí me han querido hacer retrospectivas desde hace veinte años y siempre he dicho que no, Eso deben hacerlo después de que uno se muera. Ahora fue que me convencieron Hernando y Rafael Santos y Darío Jaramillo. Yo les dije que sí, pero que yo no metía la mano en eso. Vamos a ver si alcanza a estar el libro de Benjamín Villegas listo.

F. H.: Hay una serie de hijos de artistas de su generación que son artistas. ¿Le gustaría que sus hijos lo fueran?

B. S.: Yo les he explicado que ser ingeniero es más fácil y es mejor; ganan más plata, los sobrecostos en las obras son buenísimos y ¡no tienen que hacer exposiciones!

F. H.: Su esposa, Natalia Rivera, también es artista, ¿cómo es la relación de un par de artistas juntos?

B. S.: No nos metemos para nada. Cuando lo que está haciendo

el uno le gusta al otro decimos “que chévere”, pero si no, decimos “está listo el almuerzo” y cada uno sigue trabajando.

Un poco de política

F. H.: Alfonso López, amigo suyo, dijo alguna vez que...

B. S.: No, no... Yo era amigo de Cecilia Caballero y de Alfonsito. Es que el doctor López...

F. H.: Él dijo que Colombia era como el Japón de Suramérica...

B. S.: Pues sí, es muy asiático; aunque Colombia hoy en día es una mezcla entre Bangladesh y Pereira.

F. H.: ¿Por qué cree que Colombia es pobre?

B. S.: Están equivocados totalmente. Es uno de los países más ricos que hay. Es un país que no está explotado. Colombia es riquísima. Ya quisieran ser como Colombia algunos países asiáticos o esos países que se han fundado en el desierto.

F. H.: Sí, pero socialmente hay mucha pobreza.

B. S.: Eso es global. No se puede luchar contra eso. Lo único que se ha debido hacer es un buen control de la natalidad, porque Colombia es un país muy pequeño para tener tanta gente. La explosión demográfica acabó con todo. ¿La edad media debió ser muy justa no?

F. H.: ¿Cómo ve la guerra actual en Colombia?

B. S.: No, es que esto ni siquiera es guerra, es un conflicto económico armado. Las guerras son por problemas ideológicos. Esto es algo emocional: los que no tienen puesto contra los que tienen puesto. Hay que abrir campo...

F. H.: ¿Quién cree que va a ser el próximo presidente de Colombia?

B. S.: Mire, yo creo que ahora que entra otro siglo deberían ensayar otro sistemita. No más PRESIDENTES. ¡No podemos seguir rebajándonos tanto! Algo parecido a Libia sería bueno. Una “Comunidad Federal Agraria e Industrial” podría ser la salida. Este es un país muy grande, con regiones muy distintas y gentes muy diferentes. Que elijan un “consejo federal de gobierno” vitalicio y que se vaya renovando a medida que

se vayan muriendo. Al fin quedará el consejo que la gente quiera... es que éste es un país asiático.

F. H.: ¿Qué opinión tiene de Tirofijo?

B. S.: Esa toalla que se pone no me gusta. ¡Que tire la toalla! ¡Y que el Mono Jojoy haga dieta!

F. H.: Me dicen que le gusta mucho el dinero.

B. S.: Pero me gustaría mucho diseñar monedas y billetes. A mí lo que sí me gusta es el oro. Me gustaría tener barras de oro.

F. H.: ¿Es cierto que usted es tan sentimental como Terminator?

B. S.: Un poquito menos.

F. H.: Bernardo, ¿usted llora?

B. S.: Me la paso llorando.



Responda rápido y en pocas palabras

F. H.: Pinochet.

B. S.: Razones humanitarias...

F. H.: Marcel Duchamp.

B. S.: Orinales.

F. H.: García Márquez.

B. S.: Jipi de paño.

F. H.: Andrés Pastrana

B. S.: Gran alcalde.

F. H.: Fernando Botero, hijo.

B. S.: Padre nuestro...

F. H.: Fernando Botero, padre.

B. S.: ¡Hijo...!

F. H.: Horacio Serpa.

B. S.: Violeta Parra.

F. H.: Ernesto Samper.

B. S.: Cemento Diamante.

F. H.: Antanas Mockus.

B. S.: Mokanas Anus.

F. H.: Joseph Beuys.

B. S.: Felpa.

F. H.: El Tiempo.

B. S.: Otro siglo...